PRESENTACIÓN

Joaquín DE GUERRERO PEYRONA[1]

La Asociación Cultural «Bajo Jalón», nuevamente, tiene la dicha de poder presentar, a través de esta publicación —apoyo insustituible que brinda la Institución «Fernando el Católico», Fundación de la Excma. Diputación de Zaragoza—, las actas de unas **JORNADAS ARAGONESAS DE PALEONTOLOGÍA**, que se han convertido en Aragón en algo más que un periódico encuentro científico para representar un fenómeno cultural que ha despertado el interés de los agentes culturales más representativos de nuestra Comunidad.

Indicar que a la citación para estas Jornadas (llamamiento ya no sólo por la voz de nuestra Asociación sino de un coro de voces, potentes y armonizadas, que se han ido uniendo en las pasadas y que aumenta geométricamente en cada nueva edición) acude lo más granado de la comunidad paleontológica europea es, evidentemente, decir mucho pero no es —ni mucho menos— todo.

Hay que añadir que en torno a estas Jornadas se aunan cada vez más agrupaciones, asociaciones y centros de estudios relacionados con la Paleontología y que, por primera vez, la Sociedad Española de Paleontología —sumo órgano representativo de esta disciplina en España— ha acordado apoyar y estar presente en este foro. De igual modo, la Sociedad de Amigos del Museo de Paleontología de la Universidad de Zaragoza (cuya eficaz labor ha culminado en la publicación de la revista *Naturaleza Aragonesa*) y la Asociación Paleontológica Aragonesa (que aglutina a la mayor parte de lo aficionados aragoneses) han acordado prestar su colaboración a estas Jornadas. Ello es sumar cifras de «muchos ceros» en el «haber» de estas Jornadas.

Nuestra Presidenta lo decía al convocar a la participación en estas Jornadas: «Hemos buscado el apoyo de los «mejores» y hemos tenido el

---

[1] Asociación Cultural «Bajo Jalón». 50270 - Ricla (Zaragoza)

regusto infinito de comprobar que los «mejores» no lo son tanto por su sabiduría, su poder, su dinero o su cargo sino por un capital mucho más importante: su espíritu cooperativo, su compromiso con las tareas nobles y una generosidad que transciende sus otros —y muchos— talentos y dones».

Estas Jornadas se celebran en un año en que la Paleontología y la Geología están «de moda». A las piedras (aunque de Marte) se les pone nombre —«Percebe Bill», «Yogui», etc.—, se estrenan películas relacionadas con los dinosaurios que baten records de taquilla, el premio «Príncipe de Asturias» se otorga con gran merecimiento a los apasionantes trabajos que desde hace años se llevan a cabo en Atapuerca y la Sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza cumple veinticinco añitos desde su creación. Estamos de suerte, aunque la organización de este evento cultural no sea fruto de la casualidad ni de la improvisación sino del esforzado e ilusionado trabajo de muchos.

Hace ocho años se acometió el reto de poner un grano de arena, de sabor aragonés, en la construcción del siempre inacabable edificio de la Cultura Universal. No queríamos en nuestro proyecto esas mediocridades residuales que, tantas veces, se destinan a lo que tiene lugar en el ambiente «rural». Pretendíamos hacer realidad un programa de actividades culturales del mayor rigor científico pero que pudieran ser participadas por la población.

Cuando, amable lector, leas esta presentación tendrás en tus manos las Actas de unas sesiones profundas en las que los más eminentes paleontólogos han explicado o divulgado aspectos importantes de la Ciencia, pero —y siendo mucho— resultaría erróneo el pensar que las Jornadas son un mero debate científico de unas mentes cuyos horizontes se reducen al laboratorio, la cátedra, el yacimiento o el escritorio.

Desde la Asociación Cultural «Bajo Jalón» nos gustaría transmitirte los anhelos, los objetivos y los empeños que, calladamente, son los motores de estas Jornadas. Nos gustaría, si es que no has podido compartir las vivencias de este encuentro, contarte la humanidad, la solidaridad, la amenidad y la gracia de esas personas cuyo prestigio científico parece que les hace inaccesibles cuando son tan grandes en su saber como amables por su sencillez y virtudes humanas. Nos gustaría alejar toda imagen que pareciera reducirlas a un foro elitista cuando el gran acierto —y su éxito— estriba en ser agradable lugar de encuentro del científico, del aficionado, del estudiante y del que se empieza a interesar por el misterioso y atrayente mundo de la Paleontología.

En estas Jornadas nadie «sobra». Es el momento de intercambiar conocimientos y experiencias, de facilitar datos interesantes, de contar anécdotas, de pasarlo agradablemente mediante el respeto intelectual a los diferentes niveles de jornalistas y las ganas, unánimes, de que todo «salga bien».

Las Jornadas no son fuego de virutas ni, ya, sólo un periódico foro científico sino un encuentro de personas que, a través del hilo conductor de la Paleontología, han establecido cálidas relaciones humanas. Es una dicha comprobar que entre los jornalistas se crean relaciones de amistad, que quienes comenzaron acudiendo como estudiantes vuelven como doctores (y, mejor aun, con trabajo) y que se incrementa el número de aficionados venidos de todos los rincones de España.

No se puede silenciar que, a través de la Paleontología, nuestra Asociación tiene unos objetivos de gran calado: se pretende estimular el conocimiento y la necesidad de protección de la Naturaleza, fomentar la concienciación de la necesidad de preservación del Medio Ambiente y difundir la importancia de la Cultura como factor primordial de desarrollo y de entendimiento. «La Cultura —como indica Don Pedro Monserrat Recorder en un artículo sobre «Biodiversidad y Cultura para un Progreso sostenido»— es comunicativa, eficaz. Así —indica el afamado biólogo— como nos reproducimos por copia genética, la cultura «se contagia» en el escaparate apropiado». Querríamos que Ricla, en el aspecto paleontológico, fuera ese espacio en donde el saber «se contagie».

Al hacer balance de las pasadas Jornadas, y al comprobar el interés que despertaban en los jóvenes, se tomó la decisión —difícil reto— de planificar unas Prejornadas especialmente destinadas al sector juvenil y con unos contenidos específicos, adaptados a esos destinatarios, que no perturbaran el esquema de las Jornadas propiamente dichas. Ya en las anteriores Jornadas se proyectaron unas sesiones dedicadas a los escolares de la Comarca y fueron un gran éxito. Era una satisfacción comprobar el sincero interés de los jóvenes —tantas veces desorientados por la falta de modelos sociales y por las «engañiflas» de muchas de las convocatorias que se les hacen— por colaborar y formarse en la defensa de nuestro maltratado Planeta.

Los profesores de la Comarca —que merecerían ser citados uno por uno, aunque ello sea imposible en este corto espacio— se han «volcado» en la organización de esas Prejornadas, cuyo mérito corresponde a esos magníficos maestros (palabra que significa mucho más que explicar asignaturas) de La Almunia de Doña Godina, Calatorao, Cariñena, Épila, Morata de Jalón y Ricla, quienes son los agentes culturales dinamizadores de las inquietudes culturales más profundas, duraderas y serias de la población. La Dirección Provincial de Educación y Cultura del Ministerio correspondiente, la Dirección General de Educación del Departamento de Educación y Cultura de la D.G.A y la Diputación de Zaragoza han ofrecido una importante ayuda a este proyecto.

Junto a los objetivos (científicos y divulgativos) anteriormente indicados, nos propusimos que las Jornadas se desarrollaran en un ambiente amistoso y grato. No se trataba de un Congreso que tuviera lugar en un estereotipado salón de actos y cuya efímera historia terminara al apagarse los micrófonos. Buscábamos que estas Jornadas «Aragonesas» tuvieran «raíz» y «eco». Quizá lo más sorprendente de estas Jornadas sea el ejemplo de agasajo con el que un pueblo —Ricla— recibe a los participantes, el clima de cordialidad en el que se desarrollan y el ser ocasión para conocer un poco más el Aragón rural contemporáneo —alejado de la caricatura de «cazurro» y «paleto»— preparado para encarar los retos del tercer milenio.

Hoy parece un sueño lo logrado. Hace ocho años comenzó esta larga andadura —como indicó Lao Tse, «el viaje de mil leguas empieza por el primer paso»— en la que se tenían claras las metas pero se necesitaban buenos guías. Tuvimos suerte y los encontramos. Aunque parezca impropio del discurso de presentación de unas actas científicas, no se puede hablar de este tema sin emoción. Hemos saboreado cualidades y calidades humanas ejemplares, comprobado espíritus cooperativos que rebasan lo que se intuía, visto compromisos generosos que superaban lo que se les solicitaba, admirado modelos de vida y edificantes trayectorias vitales de personas que saben poner sus dones al servicio de las causas nobles.

Es de absoluta justicia destacar la colaboración decidida e insustituible de Don Eladio Liñán (catedrático de Paleontología de la Universidad de Zaragoza), quien desde el primer momento brindó su total apoyo a estas Jornadas que se proponían desde nuestra Asociación comarcal. Para este tipo de «apuestas» generosas se necesita poseer unas cualidades humanas muy selectas. Él es el principal activo de esta empresa común y sin él las Jornadas no hubieran tenido la orientación ni alcanzado el prestigio científico logrado.

Tuvimos la osadía de dirigirnos a los «monstruos del saber paleontológico» en solicitud de colaboración y tuvimos una satisfactoria respuesta: no sólo recibir palabras de ánimo sino su importantísima presencia. Don Bermudo Meléndez, Don Emiliano de Aguirre y Don Antonio Goy son egregios científicos que nos han acompañado desde el principio y cuya excepcional capacidad atractiva es uno de los factores que han hecho famoso —por las importantes personalidades que lo arropan y avalan— este evento.

Al apoyo universitario se unieron otras ayudas sin las cuales tampoco hubiera sido posible el proyecto. Don Pedro Sancristóbal (ya un amigo), desde la Dirección General de Acción Cultural del Gobierno Aragonés —corría 1989—, se comprometía económica y personalmente con el proyecto y desde entonces (siendo de justicia subrayar el asesoramiento y cariño que nos brinda Don Ramiro Alloza) seguimos recibiendo, en

mayor o menor medida, un apoyo económico e institucional de gran utilidad. Don Juan Alfaro —a quien rendimos merecido homenaje en estas Jornadas—, Don Fernando Vicente, Don José Manuel Lasala y Don José Luis Lasala (quienes también se encuentran en lo nómina no sólo de valedores sino de amigos) nos escuchaban atentos e interesados en sus despachos de Ibercaja y decidían que tal institución fuera nuestro primer mecenas.

Desde aquellas primeras Jornadas hasta ahora ha aumentado el número —en lo científico, lo económico y lo institucional— de patrocinadores. Es imposible nombrarlos a todos. Hemos editado un folleto en el que se cuenta la Historia —que ya hay una pequeña historia— de las Jornadas en donde aparecen los nombres de esos insignes paleontólogos españoles (Don Antonio Perejón, Don Leandro Sequeiros, Doña Gloria Cuenca, Don José María Bermúdez de Castro, Don Guillermo Meléndez, etc., etc., etc. y extranjeros (Don Klaus Sdzuy, Don Peter Carls, etc., etc.) que nos honran con su presencia y aprecio. Son renombrados científicos que lejos de utilizar un lenguaje hermético y alambicado, sólo apto para expertos, asumen el carácter divulgador de las Jornadas caracterizado por una amenidad capaz de «enganchar» desde las primeras palabras.

También la lista de nuestro mecenas —sin los cuales no podría celebrarse estas Jornadas— han aumentado y entre los más destacados, junto a Ibercaja, figuran Samca, Endesa y las Denominaciones de Origen de Aragón, aunque son muchos los que aportan medios y fondos precisos para la buena organización.

Hoy las Jornadas son una obra colectiva que supera fronteras lingüísticas y geográficas. Son la obra de muchos, bien avenidos, dispuestos a que no sólo continúen sino que se incremente su pujanza y prestigio y se mantenga esa independencia que es imprescindible en cualquier fenómeno cultural serio con vocación de continuidad.

En la presentación de las anteriores Jornadas se decía que si la Asociación Cultural «Bajo Jalón» es la palanca que mueve las Jornadas, Don Eladio Liñán era el fulcro. Sigue siendo válido y a ello se ha de añadir que ese sinnúmero de amigos, protectores, mecenas y colaboradores son la base sobre la que se edifica este proyecto.

Estas Jornadas, que han conseguido que se variara el trazado de una autovía para salvaguardar un yacimiento paleontológico de excepcional interés, en las que se ha firmado el protocolo de donación al Museo de Paleontología de la Universidad de Zaragoza de una colección de fósiles recogidos en Aragón y que se encontraban en Alemania, en las que se han presentado las primicias de importantes hallazgos de excavaciones, son un empresa común muy original. Al igual que en esas cajitas chinas donde

dentro de unas aparecen otras, así en estas Jornadas sorprenden las múltiplos facetas y variadas actividades que se desarrollan dentro de las programaciones diseñadas.

En estas Jornadas Aragonesas hay ocasión para visitar la excepcional exposición que teniendo como comisario al paleóntologo Don Ignacio Canudo versa sobre «Fósiles jurásicos». En ellas hay tiempo para escuchar el pálpito de una población que, manteniendo sus rasgos tradicionales de hospitalidad y gentileza, se afana en crear estructuras económicas modernas y dotarse de infraestructuras culturales con las que se pueda hacer frente a cualquier reto de futuro. Son conscientes de que nada de lo que ocurre en el mundo —y en el espacio— les es ajeno y que es perfectamente compatible una Cultura Universal con una cultura con raíz, que garantiza que no sea efímera.

Se trata de unas Jornadas aragonesas, que no deben perder su raíz pero que, como es propio de lo aragonés, son algo abierto, integrador, de brazos tendidos, sin reduccionismos limitantes, recibiendo con agrado cualquier sugerencia sincera y cualquier aportación buena venga de donde venga. Plutarco se burlaba de quienes sostenían que la Luna de Atenas era mejor que la de Corinto.

En cada edición de las Jornadas se ha rendido homenaje a alguna personalidad —mejor, gran persona— por su méritos. Queremos acudir al filón, casi abandonado, de recordar y agradecer conductas ejemplares y hechos edificantes. En esta ocasión se homenajea a Doña Asunción Linares, pionera de los estudios del Jurásico en España y creadora de una escuela académica de la que, orgullosamente, se consideran discípulos varios insignes catedráticos; se ofrece, también, un cordial reconocimiento a la labor de Don Juan Alfaro quien, ahora joven jubilado, prestó —como a tantas otras actividades y experiencias culturales— oídos y apoyo a estas Jornadas cuando aún eran un futurible y, con su gracejo bonachón, alentó y respaldó lo que era, a la sazón, un mero proyecto bien trazado. Por ultimo se ha acordado rendir tributo de agradecimiento a la Sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza, al conmemorar la importante efeméride de su creación hace veinticinco años.

Comentar las Jornadas obliga a hacer referencia a los muchos que, de una forma u otra, intervienen para que cumplan su objetivo. Desde el pintor Don Mariano Viejo, autor del cartel anunciador, hasta el Coro de «Aula Dei» que desinteresadamente amenizará una de las veladas, o el afamado grupo universitario «Somerondón» que será broche para cerrar los actos de clausura, o el taller de Cerámica de Muel (dependiente de la Diputación de Zaragoza) que confecciona un plato conmemorativo con base en el dibujo del artista Don Gonzalo Peralta, o el paleontólogo Don José Antonio Gámez que es el eficaz Secretario de unas Jornadas cada vez más complejas

a las que destina —a veces postergando propios asuntos—sus valiosos conocimientos técnicos y su ordenado y eficiente método de trabajo.

La buena disposición para participar en las Jornadas es escuchar con oídos ávidos y ver con ojos muy abiertos y ser capaces de asombrarse pues, como indicó Ortega y Gasset, «admirarse es estar dispuesto a asimilar, es haber comenzado a comprender».

Toda presentación tiene, también, algo de despedida. Al presentar las Jornadas de hoy —1997— es imposible no interpelarse sobre su futuro. Antonio Buero Vallejo, en su obra «Un soñador para un pueblo», pone en boca de Esquilache la frase de «los demás ven nuestro destino antes que nosotros». Si así fuera, podríamos ser optimistas por cuanto, como aparece en el folleto editado, son muchas las opiniones que auguran un buen futuro a este proyecto.

Desde nuestra Asociación, que también ha tenido harpaduras entre tantas muestras de cariño, pensamos que la continuidad de las Jornadas Aragonesas de Paleontología está en que cada vez haya más comprometidos con ellas y se preserve el espíritu originario de rigor intelectual, unión, descentralización, independencia e ilusión. Son, ya, una bola de nieve que se desliza y crece imparable, y que, si bien nadie, en particular, la puede detener, puede desaparecer si no se mantiene en la atmósfera adecuada. Parafraseando a Esquilo podríamos decir que lo importante es que «nunca la discordia, insaciable de males, brame en esta empresa».

En cada nueva edición deberá hacerse una evaluación para mundificar cuanto sea preciso y para que no se pierda esa originalidad y ese vigor inicial. Deberemos seguir la máxima «Primero la obra, luego la definición» y seguir convencidos que su resultado es consecuencia del tesón y la seriedad de planteamientos y no de las lisonjas, por sinceras que sean, ni de la propaganda (en la que parece, a veces, que se gasta más que lo que se destina a la actividad), ni de la subvención oficial (que por muy de justicia que sea el recibirla, el depender de ella sólo incertidumbre procura y sensación de precariedad transmite), ni del agrado del mandamás (mudable y, en ocasiones, con exigencias insecundables).

Ciertamente, nuestro balance de las Jornadas es altamente optimista: se nos han abierto puertas de Instituciones (Diputación General de Aragón, Diputaciones Provinciales, Ayuntamiento de Ricla y Ayuntamiento de Zaragoza), se nos ha apoyado materialmente por patrocinadores que saben destinar recursos a la promoción cultural y, sobre todo, reciben una fabulosa respuesta de la sociedad. Es en ésta en donde, a la postre, ciframos nuestra confianza de futuro.

De nada servirían las Jornadas —o se podrían reducir a un texto— sin los cientos de jornalistas (vivaces estudiantes ansiosos de prepararse con-

cienzudamente para ejercer su profesión; aficionados, altamente preparados, que con fruición escuchan ponencias y absorben ideas y datos; expertos que cambian impresiones y recaban opiniones; renombrados paleontólogos que contrastan teorías y criterios y asumen la función social de «maestros» transmitiendo saberes y orientando vocaciones o «neófitos» con deseo de saber algo —o algo más— sobre una disciplina tan atrayente como misteriosa), o sin los medios de comunicación que, en medio de tanta noticia trágica originada por la incultura o la insolidaridad, pueden —y deben— ser el eco de cuanto se refiere a estas polifacéticas Jornadas, o sin esos miles de personas que nos honran con su presencia visitando la exposición o compartiendo la alegría—tristeza de los actos de clausura.

Es en esa Sociedad, que cada vez debe asumir mayor protagonismo y a la que los poderes públicos deben respetar y potenciar, en donde está el futuro. Sociedad que no es «masa» ni «público» sino Juan, María, o quien sea, a quienes no les es indiferente «lo que pasa» y están dispuestos a ser fieles a las convocatorias interesantes y nobles.

Su futuro está en que las Jornadas sean una obra colectiva y de, en frase de Palafox, «valerse de todos los talentos y virtudes de los aragoneses y aun de los demás»... de todos vosotros, de tí.